

LECTURAS

Regreso a casa... tarde

Los desorientados, tesis y ficción de Amin Maalouf



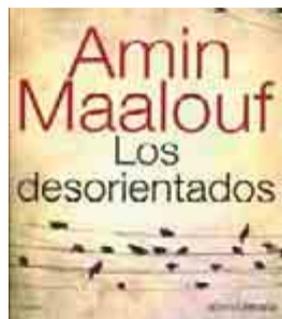
SAÚL FERNÁNDEZ

Los desorientados, lo último de Amin Maalouf (Beirut, Líbano, 1949), comienza con una llamada telefónica. A altas horas de la madrugada. Una de esas que hila presente y pasado. Memoria perdida, pérdida de los recuerdos y cosas de esas. Un rollo. Luego viene un avión y un choque con el pretérito imperfecto. Nosotros, los de entonces, vaya, ya no somos los mismos. Maalouf se pone melancólico y también se pone renacentista: «Ubi sunt?». «Collige, virgo, rosas...». Adam, profesor universitario, escapa de su país, en Medio Oriente, cuando llegan las guerras. Deja a los felices amigos de cuando la Universidad: radicales, intelectuales, apunadores de futuro... La huida de Adam quiebra la vida voluntariosa, las noches de debate, bosquejos de amor... En **Los desorientados** hay trabajos de amor encontrados y hay trabajos perdidos, renuncias a la vida. O sea.

Maalouf obtuvo el premio «Príncipe de Asturias» de las Letras. Leyó su discurso de aceptación del galardón y dijo: «Vivir juntos no es algo que les salga de dentro a los hombres; la reacción espontánea suele ser la de rechazar al otro. Para superar ese rechazo es precisa una labor prolongada de educación cívica. Hay que repetirles incansablemente a éstos y a aquéllos que la identidad de un país no es una página en blanco, en la que se pueda escribir lo que sea, ni una página ya escrita e impresa. Es una página que estamos escribiendo; existe un patrimonio común». Bueno, pues de eso va **Los desorientados**: de la posibilidad de participar en la historia propia de un país, en el camino cierto hacia el futuro... El asunto puede ser interesante, profundo, necesario... Y eso está bien. No lo está tanto si uno mezcla tesis y ficción, peras y manzanas, que diría una concejala devenida en alcaldesa. La literatura es el re-

lato de los hechos que hubieran podido suceder, lo escribió en su día Aristóteles, y nadie ha sido tan preclaro desde entonces. Mezclar buenas intenciones y prosa rítmica es una bomba de neutrones, de esas que dejan en pie los edificios y caídos a sus habitantes. No sé si me explico.

Está, pues, Adam, que coge un avión deprisa y corriendo porque su antiguo amigo se muere. Llega de noche, con ganas de ver al protagonista de su pasado. Decide plantarse en el hotel y no en el domicilio del moribundo. Y llega tarde. Ay. Esto Maalouf lo cuenta en las primeras páginas. No se preocupen, esto no es un «spoiler». Pero hay más. El novelista elige dos puntos de vista para el relato: el narrador omnisciente y el de primera persona del singular. Y, muy pronto, Maalouf se da cuenta de lo difícil que es contar la historia que quiere contar sin parecer artificioso. Y en la huida de la artificiosidad se arma artificialmente. Y así no hay manera. Uno intenta entender a Adam, el profesor, y a Mourad, el moribundo, y tanto uno como el otro se ahogan en la falta de aliento. Maalouf escribe **Los desorientados** y uno lee la novela tan desorientado como los personajes de la novela. Y es una lástima. «Este domingo por la mañana me he dado cuenta, al llegar una ráfaga de aire, de qué privación de mi montaña nutricia he sentido todos estos años y cuánto deseo quedarme en su regazo materno» (página 59). Y así no, ¿qué quieren que les diga?



Los desorientados
AMIN MAALOUF
Alianza Editorial, 2012

¡El mar, el mar!

Far Tortuga, de Peter Matthiessen, una historia en la estela de Moby Dick y Lord Jim



RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN

La épica, en Occidente, es hija de la guerra y del mar. Troya y el Mediterráneo son nuestro más profundo ADN cultural. Allí nacieron las novelas, los héroes de las novelas, los lectores (u oyentes) que seguían las aventuras de los héroes de las novelas. Somos fruto de una ciudad sitiada y del mar «que nadie agota». Y llevamos siglos, milenios ya, abrevando en esa doble historia infinita: la que cuenta la cólera de los hombres, la astucia de los hombres, los viajes de los hombres.

El mar es el escenario más fecundo del pathos humano, pues en él los novelistas han encontrado a lo largo del tiempo al más fenomenal de los rivales. Uno que ni siquiera sabe a quién o a qué se enfrenta. Uno que hace de su hierática o brutal majestad la prueba decisiva de la contingencia del hombre. El mar es el espejo, porque el mar es todo lo que el hombre no es. La mirada del mar es la mirada del gigante indiferente ante la criatura que lo surca, lo celebra y pretende dominarlo.

En 1968, a bordo de la goleta Lillias Eden, nueve hombres se embarcan en el entorno de las Islas Caimán para dedicarse a la caza de la tortuga verde. Nacidos en las Indias británicas occidentales, en Honduras y en Colombia, hijos de un crisol de razas y lenguas, desamparados, rudos, honorables a su modo, el capitán Avers y sus ocho tripulantes, en quienes Matthiessen concentra la narración de **Far Tortuga**, tienen hermanos de leche poderosos. Las sombras del Pequod y del SS Patna sobrevuelan la acción desde el comienzo. La comparación con **Moby Dick**



Far Tortuga
PETER MATTHIESSEN
Seis Barral, 2012

y **Lord Jim** no es una floritura de crítico. El molde en el que Matthiessen forja a sus personajes es el de la mejor literatura de todos los tiempos. Palabras mayores.

Mayores porque, como bien sabe el lector de Melville o de Conrad, el mar

La brújula. POR EUGENIO FUENTES

Cómo dinamitar la línea recta y cautivar al lector

Probablemente hay muchas maneras muy poco interesantes de contar la historia de un tipo que ha matado a alguien y tiene que deshacerse del cadáver. Claro que la cosa se complica y mejora si el tipo también está muerto y es él mismo quien tiene que deshacerse de su propio cadáver. Está claro que aquí pasa algo raro. ¿Desdoblamiento temporal? ¿Universos paralelos? Sigán leyendo.

Porque si además hay sesiones de tortura, y un hada madrina tetoncísima, y una boda, y la novia es la hija de una Presidenta autonómica dinamitada, pero el muerto sigue teniendo que deshacerse de su propio cadáver y de otro más, entonces lo que ya era complicado ahora es casi imposible. A menos que se trate de **m**, la primera novela de Juan Vilá (1972), una tentativa –totalmente lograda, gracias a una prosa de exquisita depuración– de dinamitar la temporalidad lineal para alzar una historia bifurcada y recurrente que cuanto más agobia más atrapa. El editor Miguel Riera inaugura con ella un nuevo sello, **Piel de Zapa**, que llega, ya se ve, con muy buen pie.

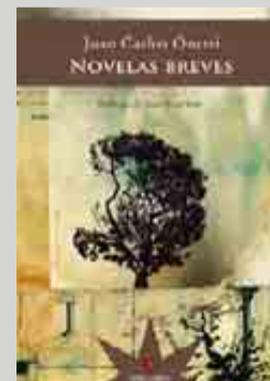


m
JUAN VILÁ
Piel de Zapa
256 páginas
19,50 euros

Siete novelas cortas del apóstol de la derrota

No voy, claro, a descubrirles al elegíaco Onetti (1909-1994), padre de derrotados y uno de los escritores mayores del siglo XX. Pero sí puedo traerles una buena noticia: ahora tienen la oportunidad de hacerse con sus novelas cortas en una cuidada edición de la editorial argentina Eterna Cadencia que, prologada por el gran narrador Juan José Saer, incluye **El pozo**, **Los adioses**, **Para una tumba sin nombre**, **La cara de la desgracia**, **Jacob y el otro**, **Tan triste como ella** y **La muerte y la niña**.

Escribe el malogrado Saer que hacia 1960 todos los jóvenes latinoamericanos con aspiraciones literarias querían escribir novela corta, ya que permitía, prosigue, «cierto desarrollo narrativo, al mismo tiempo que parecía surgir de una concepción intuitiva y repentina». Saer se rinde, por un lado, ante la variedad formal de las onettianas y, por otro, ante el distanciamiento del autor «respecto del universo trágico que es su materia narrativa», lo cual, concluye, le permite esquivar siempre el riesgo melodramático. El lector también se rendirá.



Novelas breves
JUAN CARLOS ONETTI
Prólogo de Juan José Saer
Eterna Cadencia
352 páginas
21 euros